



Capítulo 408 - Un dragón Berserker desatado.

Virgilio miró al horizonte con los ojos medio cerrados, con una expresión entre la incredulidad y la fascinación. Luego soltó una risa baja —seca, casi sarcástica— y lentamente se volvió hacia Rafaeline.

"Debo estar volviéndome loco, ¿verdad?" preguntó, como si comentara sobre el tiempo.

Los ojos de Rafaeline se abrieron y su rostro pálido contrastaba con sus ardientes ojos rojos. Una gota de sudor goteó por su sien, seguida de otra, y luego otra. Parecía una estatua a punto de romperse.

"V-Vergil... ieste no es momento para bromas!" Ella tartamudeó y su voz se alzó desesperada. "¡Hay un dragón que viene hacia nosotros!"

Ahora señaló con ambas manos, como si sus propios ojos no pudieran creer lo que estaban viendo. El sonido de las alas atravesando el cielo ya hacía vibrar el aire en ondas invisibles.

Virgilio suspiró —un suspiro profundo y resignado, como si hubiera esperado que este tipo de locura ocurriera tarde o temprano.

"...Madre", murmuró Virgilio, con los ojos siguiendo la silueta veloz que atravesaba las nubes tormentosas, "¿por qué diablos estás huyendo de un dragón?"



Sephirothy no respondió. Ella simplemente lo miró rápidamente —una mirada que decía todo sin decir nada.

Vergil suspiró y levantó las manos en un gesto resignado. -Está bien, lo entiendo. Mata al dragón. Bastante justo."

Dio un paso adelante. La sombra bajo sus pies se distorsionó, retorciéndose como humo vivo, hasta que tomó forma. Un par de ojos carmesí se iluminaron en la oscuridad, y con un rugido que parecía provenir del propio abismo, emergió un gigantesco Dragón de las Sombras, volando hacia el cielo en un torbellino de oscuridad y furia.

Rafaeline retrocedió un paso y quedó completamente atónita.



"¡¿Desde cuándo tienes un dragón?!" preguntó incrédula, con los ojos muy abiertos como si hubiera visto salir un segundo sol en el cielo.

Virgilio se volvió lentamente hacia ella, como si respondiera algo obvio.

"Caballero de la Muerte. ¿Recuerdas? dijo con una ceja arqueada.

Ella parpadeó. Y entonces, como si la revelación hubiera caído de un acantilado, su expresión se derritió en vergüenza.

"...Ah. Sí. Correcto." Ella respondió, como si acabara de perder una discusión con su propia memoria.

El Dragón de las Sombras de Virgilio atravesó los cielos como una lanza viviente de oscuridad, dejando un rastro negro entre las nubes demoníacas.



El aire se hizo más denso a medida que se acercaba a Sephirothy, quien flotaba en el aire como un espíritu guerrero tallado en acero y tormenta.

Ella aterrizó sobre la espalda de la criatura oscura a su lado con una ligereza sobrenatural, equilibrándose sin esfuerzo incluso con los vientos rugiendo a su alrededor.

Virgilio la miró de reojo, con los ojos medio cerrados contra el vendaval helado que ahora los rodeaba.

"¿Cuál es el plan?" preguntó con voz firme pero cargada de tensión apenas disimulada. "Esa cosa de allí..." —señaló con la barbilla hacia el horizonte— "... ¿no es esa la Emperatriz Dragón Platino?"

Sephirothy no respondió de inmediato. Sus ojos estaban fijos en la colossal criatura que se acercaba como una avalancha viviente, con el cuerpo de la bestia cubierto de escamas cristalinas que reflejaban los relámpagos en el cielo como espejos congelados. Cuernos espirales de plata cruda coronaban su cabeza como un trono divino, y sus ojos —dos soles helados— ardían de inteligencia y odio.

"Es ella, sí", dijo finalmente Sephirothy, con voz profunda y firme como el sonido de una campana de guerra. "O mejor dicho... lo que queda de ella."

Virgilio frunció el ceño. "Ella está... ¿corrompida?"

Sephirothy asintió lentamente. "Alguien rompió el sello del Orbe Platino. Pero no de la manera correcta. La liberaron... la obligaron... sin control. Lo que estamos viendo es un avatar de furia antigua—instintivo, desequilibrado."



El rugido de la Emperatriz explotó en el cielo como el sonido del propio hielo rompiendo el firmamento. Las nubes se partieron y una tormenta de nieve cortante comenzó a caer como hojas blancas.

"Si cruza las fronteras de Walpurgis en este estado..." Sepphirothy apretó los puños y su mirada se fijó en la tormenta viviente que se acercaba. "...no quedará nada de los clanes. Ni siquiera el eco de los cimientos del castillo."

Vergil inhaló lentamente, con los ojos fijos en la colossal figura que surcaba los cielos. El aire que los rodeaba comenzó a cristalizarse en copos de hielo que flotaban como cenizas silenciosas.

"Entonces contengámosla... antes de que el mundo descubra lo que sucede cuando una diosa se vuelve loca"

Sepphirothy soltó una risa amarga. "¿Contenerla?" repitió, con una dura media sonrisa en los labios. - ¿Tienes idea de quién viene? Esto no es ningún monstruo histérico. Ella es una emperatriz dracónica—una de las primeras. Ella destruyó civilizaciones incluso antes de que tuviéramos nombres para ellas."

Virgilio levantó una mano. Las sombras que lo rodeaban se iluminaban como brasas listas para prender fuego a la noche, arremolinándose y comprimiéndose como serpientes de humo hambrientas.

"Está fuera de control", dijo, con la voz firme como el acero forjado. "Sin conciencia. Sin estrategia. Y eso hace que todo sea más sencillo."

Sepphirothy levantó una ceja. "¿De verdad crees que es más fácil luchar contra algo que actúa por puro instinto?"



"Cuando alguien no tiene concentración, ni idea de qué proteger, ni forma de defenderse... "Sí", respondió Virgilio. "Es más fácil que pelear con alguien que sabe lo que hace"

Ella lo miró por un momento, como si lo analizara.

"Tal vez", murmuró finalmente. "Si estuviéramos hablando de un berserker común y corriente. "No es un Dragón Verdadero que casi acabó con una raza entera simplemente por existir"

Vergil miró de reojo a Sepphirothy, con la sombra de una sonrisa en la comisura de sus labios.

"¿Tienes miedo?" bromeó, con la voz cargada de calma insolente. "Pensé que eras el más fuerte."



Sepphirothy no respondió de inmediato. El viento azotó su cabello blanco como una bandera de batalla y el destello de un rayo plateado se reflejó en el acero de sus ojos. Por un segundo, el silencio entre ellos fue absoluto, como el momento antes de una explosión.

Luego lentamente volvió su rostro hacia él— y sus ojos brillaron con una mezcla de furia, orgullo y algo que parecía... diversión.

"¿Miedo?" Ella sonrió, una sonrisa sin alegría. "Estaba recuperando el aliento. Esa cosa de allí" —señaló con la barbilla al titán alado que se acercaba— "se ha comido a generales como tú en el desayuno. Armadura y todo."

Virgilio soltó una risa breve, casi burlona.



"Ella es grande, ruidosa y probablemente cree que puede escupir hielo hasta apagar el sol", dijo, levantando una mano, donde comenzó a formarse una espada negra, creciendo desde su sombra como una torre de pura voluntad. "Pero eso no cambia el hecho de que ella no piensa. Ella simplemente reacciona."

"¿Y qué vas a hacer?" Sephirothy cruzó los brazos, su tono desafiante.
"¿Recitar poesía oscura hasta que se duerma?"

"No." Vergil blandió la espada en un arco perezoso. "Le voy a arrancar los cuernos y golpearla con ellos hasta que recuerde su propio nombre"

El trueno rugió arriba y la criatura finalmente atravesó completamente la pared de nubes—revelándose en su magnitud apocalíptica. Sus escamas de platino brillaban como láminas de hielo bajo el sol negro. Sus alas atravesaban el cielo con cada latido. Las antiguas runas grabadas en su pecho pulsaban, distorsionadas, como si la realidad misma se negara a descifrarlas.

Sephirothy suspiró profundamente. "No tienes idea de lo que estás haciendo."

Vergil se encogió de hombros.

"Eso nunca me había detenido antes."

Pero antes de que Virgilio pudiera avanzar o conjurar alguna orden, un nuevo sonido atravesó el cielo.

Un rugido.



Ni helado, ni profundo y antiguo como el de la Emperatriz.

Era un rugido salvaje—vibrante, cargado de una alegría insana y palpitante, como si la destrucción misma fuera música. Una lágrima roja voló en espiral por el cielo como un cometa en llamas y golpeó el costado de la cabeza de la Emperatriz con una fuerza tan brutal que la criatura fue lanzada directamente hacia adelante como un proyectil colossal, volando fuera de control y desapareciendo detrás de una cadena de montañas heladas.

El estruendo sónico que siguió sacudió al mundo.

Vergil y Sepphirothy casi perdieron el equilibrio en el Dragón de las Sombras con el desplazamiento del aire. Un destello carmesí iluminó el cielo por un instante, reflejado en las escamas de la Emperatriz mientras desaparecía en el horizonte con el sonido del hielo y la piedra aplastados en la distancia.



Y luego... silencio.

Hasta que una figura flotó en el cielo, exactamente donde se había originado la explosión— flotando entre las nubes tormentosas como en un trono.

Era una mujer.

O mejor dicho, una tormenta de locura vestida de mujer.

Cabello largo y ondulado, de un rojo intenso que parecía llamas líquidas. Sus ojos, del mismo tono carmesí profundo, brillaban con la locura extática de quien vive para la guerra. Llevaba una armadura inusual —una mezcla de placas rúnicas flotantes y telas arcanas que se moldeaban en su cuerpo con la fluidez del fuego y la firmeza del acero.



Y al instante siguiente, soltó una risa.

Alto. Largo. Incontrolable.

"¡JAJAJAJAJA! ¡UN DESAFÍO!" La mujer gritó, girando en el aire como una lanza viviente, con los brazos abiertos a la tormenta. "¡HE ESPERADO SIGLOS POR ALGO ASÍ! ¡POR FIN UN OPONENTE DIGNO!"

Los ojos de Sephirothy se abrieron. "No... no puede ser..."

Vergil la miró de reojo. "¿No dijiste que este dragón era jodidamente increíble y no sé qué, bla, bla, bla, fuerte?"

Sephirothy miró y suspiró... "Me estoy haciendo demasiado viejo..."

